



ANÁLISIS EVOLUCIONISTA DE ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA SEXUALIDAD HUMANA.

EMILIO J. ESCUER ACÍN

Resumen

Se presentan en este estudio algunas ideas referentes al papel que para la evolución de las especies a podido jugar el placer sexual y el orgasmo, particularmente para la evolución humana. Así mismo, se analiza la conducta sexual que diferencialmente presentan los distintos sexos (por ejemplo, la mayor o menor tendencia a la promiscuidad) y su relación con la reproducción de la especie. También se lleva a cabo una interpretación, desde el punto de vista de la teoría de la evolución, que trate de explicar la existencia de las variaciones y desviaciones sexuales.

Todo ello con el objetivo de establecer una serie de conclusiones que ayuden a la búsqueda de respuestas adecuadas para cuestiones como estas: ¿cuál es el peso del mecanismo evolutivo en la sexualidad humana?, ¿pueden justificarse evolutivamente las diferencias de conducta sexual que aparecen entre mujeres y varones? o, ¿tiene ventajas individuales y/o sociales la interpretación evolutiva de las variaciones sexuales?.

Palabras clave: Sexualidad humana, teoría de la evolución, sociobiología, placer sexual, orgasmo, variaciones y desviaciones sexuales.

Abstract

Some ideas are presented in this study with regard to the role which sexual pleasure and orgasm may have played in relation to the evolution of the species, in particular in the

evolution of the human being. The differential sexual behaviour of the different sexes is also analysed (e.g. the greater or lesser tendency to promiscuity) and its relationship with the reproduction of the species.

There is also an interpretation, from the point of view of the theory of evolution, which tries to explain the existence of sexual variations and deviations.

The objective of this work is to establish a series of conclusions which may help in search for adequate answers to questions such as: what is the importance of the evolutionistic mechanism in human sexuality?, can the differences in sexual behavior which appear between men and women justified in evolutionistic terms? or has the evolutionistic interpretation of sexual variations any individual and/or social advantages?

Key words: Human sexuality, theory of evolution, sociobiology, sexual pleasure, orgasm, sexual variations and deviations.

INTRODUCCIÓN

Es característica aceptada por todos, dentro de la teoría de la evolución (Darwin, 1856), el carácter central que, junto con la variabilidad genética, ocupa la reproducción diferencial de los organismos como motor de adaptación y evolución de toda forma de vida. De las dos principales modalidades de reproducción que se dan en la naturaleza, la asexual o mitosis y la sexual o recombinación genética de dos células pertenecientes a sendos organismos que dan origen a un tercero, es esta última la que nos interesa, ya que además de ser la propia de nuestra especie es la forma más básica y central de todo proceso evolutivo y por tanto en la que vamos a centrar nuestro análisis, o sea, repasaremos de la mano de distintos autores y desde el punto de vista de la evolución las conductas y fenómenos sexuales que presenta el

ser humano, y que como se apunta, podrían explicarse mediante la teoría de la evolución darwiniana (adaptación de los diferentes organismos a su medio y reproducción diferencial intraespecie) y dentro de ella por los postulados de la sociobiología que principalmente propugna el estudio de las posibles bases biológicas y genéticas de las distintas conductas sociales, entre ellas la sexual.

Partiendo de la idea básica que señala que, "para que algo evolucione debe conducir finalmente al éxito en la reproducción" postulada por los sociobiólogos y citada por Carroles (1990), daremos un repaso a las diferentes conductas sexuales que presentan tanto el varón como la mujer, tendentes a la reproducción y por tanto contribuidoras al proceso evolutivo de la especie humana. Para ello, nos detendremos en el análisis del papel que en la evolución juega el placer sexual y el orgasmo, especialmente en la

mujer. Como consecuencia de los datos obtenidos del estudio de la conducta sexual diferenciada entre sexos, y del placer como fenómeno contribuyente a la adaptación darwiniana, trataremos de interpretar las bases biológico-evolutivas que pueden estar determinando las llamadas desviaciones o variaciones de la conducta sexual humana. Finalmente, trataremos de elaborar una síntesis crítica de los aspectos más significativos del tema objeto de nuestro estudio, bien aceptando o en su caso reinterpretando aquellas propuestas de los autores citados que a nuestro juicio sean susceptibles de ello.

EL PAPEL EVOLUTIVO DEL PLACER SEXUAL Y EL ORGASMO.

Parece que en la naturaleza y en referencia a las relaciones sexuales es norma la existencia de placer sexual y orgasmo en los machos de la mayoría de las especies, sobre todo en los mamíferos, sin embargo, no ocurre así entre las hembras ya que entre ellas lo habitual es la ausencia de orgasmo, es aquí donde la hembra humana presenta una clara excepción, pues la mujer al menos en un 50% de ellas presenta orgasmo durante el coito (Fisher, 1973; Hite, 1976; Wilcox y Hager, 1980) y hasta el 95% lo logran por otros medios de estimulación, masturbación o frotamiento directo del clítoris (Hite, 1976). Aunque Beach y Ford (1978) señalaban en su trabajo de recopilación que "no se han detectado signos de acmé sexual en las hembras de ninguna especie infrahumana", más recientemente (Goldfoot y cols., 1980; Allen y Lemmon, 1981) han demostrado la existencia de orgasmos en las hembras de varias especies de primates distintas de la humana, como el *macaco rabón* o el *macaco rhesus*. Así, podemos partir de la hipótesis de que la presencia de placer sexual en las relaciones sexuales es una conquista de reciente aparición en la adaptación de las diferentes especies y en su evolución.

Un planteamiento que puede ayudarnos a comprender el papel que desempeña el placer en las relaciones sexuales, y que presenta Carrobbles en su texto de 1990, sería apelar a tres tipos de características diferenciales de la sexualidad en las distintas especies, en torno a las cuales varía la mayor o menor presencia del placer sexual. Estos tres principios, que a su vez están conexiónados e interrelacionados entre sí son: la *tasa diferencial de reproducción*, la *muestra u ocultación de la ovulación* y, la *sincronía entre ovulación y el apareamiento* de la pareja.

Si tenemos en cuenta el primer principio, la tasa diferencial de reproducción (número

posible de crías por ciclo vital), podemos observar como ésta, esta relacionada inversamente proporcional con el placer obtenido en la relación sexual en cada una de las distintas especies, de manera que cuanto menor tasa de reproducción mayor será el placer sexual obtenido.

Al mismo tiempo, el placer en la relación sexual correlaciona con la necesidad de la especie de una mayor o menor frecuencia de apareamiento, de manera que a mayor necesidad de alta frecuencia de apareamiento mayor placer en la relación sexual, sirviendo la mayor recurrencia de actividad sexual como mecanismo de la baja tasa de reproducción. Ejemplos de especies que pueden ayudarnos en la comprensión de este primer principio, pueden citarse, por un lado el salmón, ya que representa una altísima tasa de reproducción, cientos de miles de embriones como consecuencia de un sólo apareamiento en todo el ciclo vital de la pareja y aparente ausencia en esta especie de todo vestigio de placer sexual; por el otro, algunas de las especies de primates más evolucionadas, entre ellas el ser humano que presenta una de las más bajas tasas de reproducción, una cría en cada gestación, durando ésta nueve meses y con un período de crianza sin parangón en ninguna especie, en este caso y de acuerdo con lo postulado para esta primera característica, la tasa diferencial de reproducción, la relación sexual entre humanos es una conducta de alta frecuencia.

Así mismo, puede interpretarse la reciente aparición del orgasmo en las hembras de las especies más evolucionadas, como las citadas del *macaco rhesus* y el *macaco rabón* además de la humana (Goldfoot y cols., 1980; Allen y Lemmon, 1981; Master y Johnson, 1966) como un mecanismo para facilitar o aumentar la frecuencia de la actividad sexual en las especies con muy bajas tasas de reproducción, ya que como se conoce, el fenómeno del orgasmo en las hembras esta ausente en la mayor parte de las especies, mientras que en los machos es prácticamente universal.

El segundo principio, que nos va a servir para comprender el papel jugado por el orgasmo en las relaciones sexuales, es la mayor o menor señalización u ocultación de la ovulación que se da en las diferentes especies. Hay que decir aquí que las hembras de la mayoría de las especies manifiestan clara y externamente su ovulación, al tiempo que se muestran abiertamente receptivas hacia el macho para asegurarse la concepción. Esta señalización aun siendo prácticamente universal, resulta mucho más evidente en las especies inferiores, apareciendo por lo general acompañada de un período de celo que se repite

estacionalmente. En los primates, aunque se conservan estas características, las manifestaciones ovulatorias son menos puntuales y generalmente presentan capacidad de apareamiento fuera del momento de la ovulación. Lucas Matheu (1990) postula que esta conducta primate infrahumana de poder establecer relaciones sexuales fuera de los períodos de estro son consecuencia del llamado instinto de comunicación, conducta ésta que toma su máxima expresión en la especie humana. La mujer es un caso muy especial ya que no manifiesta aparentemente ninguna señalización externa del momento de su ovulación, y es aquí donde se puede establecer con facilidad la relación entre la escasa tasa reproductora de nuestra especie, la ocultación de signos evidentes de ovulación y la necesidad de asegurar la reproducción mediante una alta frecuencia de apareamiento. Así, y como consecuencia de ello, vuelve a ser necesario el placer sexual como refuerzo que garantice la persistencia de las relaciones sexuales, al objeto de conseguir la fecundación a pesar de no conocer el momento más preciso para ello (ovulación).

La tercera característica que nos ayudará a comprender el papel jugado por el placer sexual en las relaciones sexuales y por tanto en la procreación, es la de la proximidad temporal o sincronía entre la ovulación y el apareamiento en la pareja. Normalmente, la mayoría de las especies infrahumanas para asegurarse que la copulación tenga lugar durante el período de ovulación de la hembra han desarrollado diferentes estrategias, como por ejemplo: la emisión de feromonas por parte de la hembra del perro al objeto de atraer y excitar al macho para asegurarse el acoplamiento sexual. Nuevamente, en el caso de la hembra humana es necesaria la presencia del placer sexual, para asegurar en este caso un alta frecuencia de acoplamiento que aumente la probabilidad de coincidencia entre cópula y ovulación para garantizar la reproducción, ya que la mujer tampoco evidencia manifestaciones externas que señalen el momento de su ovulación.

Matheu (1990), interpreta la adquisición evolutiva del orgasmo femenino como consecuencia, primero de la progresiva cerebralización y consiguiente liberación paulatina del control endocrino de la conducta sexual en los primates y después, del desarrollo del instinto de comunicación del ser humano, llegando este autor, a argumentar en su trabajo que con la conquista del instinto de comunicación humano mediante la sexualidad, el hombre se ha liberado del "yugo" procreativo. De cualquier modo, la presencia de placer en las relaciones sexuales ha

comportado importantes cambios, tanto anatómicos como de conducta en las especies más evolucionadas, uno de ellos que nos puede servir de ejemplo sería el progresivo cambio en la postura coital de los primates más evolucionados, incluso el ser humano, donde se ha pasado de la prácticamente universal postura *dorsal-ventral* al apareamiento *ventral-ventral*.

CONDUCTA DIFERENCIAL INTERSEXOS RESPECTO DE LA REPRODUCCIÓN.

Veamos ahora la importancia de las diferentes conductas sexuales que presenta el macho y la hembra de las distintas especies con el objetivo de facilitar la reproducción y por tanto el proceso evolutivo. Este rol diferenciado está relacionado, ante todo, con las enormes diferencias encontradas en la capacidad reproductora de ambos sexos, como se sabe, la hembra está fisiológicamente preparada para tener un número limitado de embarazos en su vida, mientras que el macho suele eyacular millones de gametos en cada coito, pudiendo realizar éste con alta frecuencia. Una relación bien documentada de conductas sexuales características de cada sexo en relación a sujetos humanos, primates y mamíferos infrahumanos, podemos encontrar en el texto de Beach y Ford (1978), en este trabajo se puede constatar que existen unas tendencias de conducta sexual en las diferentes especies en relación a los machos o a las hembras, por ejemplo, es muchísimo más frecuente la poligamia que la poliandria en el registro cultural comparado, así mismo, casi la totalidad de las hembras primates establecen sus relaciones sexuales en función de los machos situados en lo alto de la jerarquía social del grupo, también parece darse una tendencia hacia la homosexualidad mayor en los hombres que en las mujeres, del mismo modo la masturbación también está más generalizada en hombres, primates macho y mamíferos subprimate macho, dándose una práctica ausencia de esta conducta masturbatoria en las hembras del último grupo citado.

Siguiendo a Gallup (1986; en Carrobes, 1990), y al objeto de poder explicar en lo posible las diferencias encontradas en cuanto a conductas heterosexuales y estrategias reproductoras de cada sexo, tendremos en cuenta tres dimensiones o características básicas diferenciales propias de cada uno de los sexos.

La primera característica sería: *el grado de seguridad genética paterna*; o sea, el diferente grado de seguridad que puede tener la hembra o el macho de haber conseguido transmitir sus genes a la siguiente generación. Hay que decir

que la hembra tiene plena seguridad de compartir el 50% de los genes con sus descendientes, esto no ocurre así con el macho puesto que puede existir el riesgo de haber sido suplantado en la reproducción, ya que siempre existe la posibilidad de adulterio o violación. Esta posibilidad ha llevado a los machos de diferentes especies a desarrollar conductas aseguradoras de la paternidad mediante diversas técnicas, podemos encontrar ejemplos de ellas en el citado texto de Lucas Matheu (1990), algunos de ellos serían los taponamientos postcoitales de las serpientes jarreteras de flanco rojo, que durante el cortejo nupcial a una hembra en celo, de un centenar aproximadamente de machos en pugna, sólo uno conseguirá penetrar a la hembra, a la que dejará un tapón mucoso que impida la penetración posterior de otro de sus competidores; o la emisión de sustancias que reduzcan la receptividad de la hembra, como hacen los machos de la mosca doméstica; y las cópulas prolongadas como la del macho de la libélula que se mantiene sobre el abdomen de la hembra hasta que ésta deposita los huevos fecundados sobre el agua; en sujetos humanos podemos encontrar ejemplos de estrategias parecidas, en el uso de cinturones de castidad e infibulación en las mujeres.

La segunda característica es: el *diferente grado de compromiso biológico* o de inversión de cada uno de los padres a la procreación. Aquí las diferencias entre machos y hembras también son importantes, en la hembra el compromiso biológico es amplio e inevitable (embarazo, parto y lactancia), mientras que en el macho el compromiso se reduce a la aportación del esperma que fecunde al óvulo. Este diferente grado de inversión quizá pueda explicar las diferencias existentes entre ambos sexos a la hora de elegir pareja, mucho más selectiva y limitada en número en la hembra y más impulsiva y promiscua en el macho. Según Beach y Ford (1978), el principal atractivo de la hembra hacia el macho en las diferentes especies de primates, es que este dispuesta para copular, mientras que las hembras cuando están en el punto más álgido de su estro eligen a los machos más dominantes del grupo. Existen en la naturaleza multitud de ejemplos en los que es la hembra la que elige al macho mejor dotado para reproducirse, ver Lucas Matheu (1990), pero aquí queremos citar un artículo de Rennie (1992), en el que tratando de establecer las relaciones del parasitismo con la evolución, describe la *Hipótesis de Hamilton* (1990) en la que se postula que la lucha parásito-hospedador, según este último autor motor de la evolución, puede influir en la elección de pareja, encontrando Hamilton apoyo a su hipótesis en la

evidencia -aún no refutada o confirmada por otros autores- de que las especies que presentan más vivos colores o llamativas formas en los aspectos sexuales secundarios de sus machos como estímulo para ser elegidos por las hembras, son especies más susceptibles al efecto negativo de los parásitos, y que por tanto, los machos más "brillantes" serían los más sanos y poseedores de los mejores genes, así, los caracteres masculinos más sobresalientes podrían interpretarse como evidencia de la resistencia a los parásitos, un ejemplo clásico serían las aves y más concretamente el pavo real.

La tercera característica que nos ayudará a la comprensión de las diferencias de conducta sexual intersexos sería: *las considerables diferencias existentes en el potencial reproductor de ambos sexos*. Mientras que los machos producen billones de espermatozoides y podrían fecundar a multitud de hembras a lo largo de su vida, las hembras producen menos de un millón de huevos que normalmente se encuentran disponibles ya desde el nacimiento, y que lógicamente una gran parte de ellos no podrán disponer de la posibilidad de fecundación, puesto que los embarazos y la vida fértil de una hembra tienen duración limitada.

Estas tres diferentes características intersexos en referencia a la reproducción, pueden interpretarse como influyentes en las también diferentes estrategias conductuales de los distintos sexos a la hora de optimizar su representación genética en las sucesivas generaciones. Así, como las hembras tienen absoluta seguridad de que las crías poseen sus genes, además invierten considerables recursos en su desarrollo y crianza, y a su vez, poseen un limitado potencial reproductor, puede deducirse de ello a siguiendo a Gallup (1986), que las hembras han sido seleccionadas para elegir cuidadosamente a su pareja, seleccionando a un macho de elevada calidad genética y que este dispuesto a una convivencia a largo plazo que asegure al máximo el aprovisionamiento tanto de la madre como de su cría.

Los machos, a diferencia de las hembras, nunca pueden estar completamente seguros de que sus crías poseen genes transmitidos por ellos, además tienen un menor compromiso biológico en la procreación y un potencial reproductor casi ilimitado, aspectos éstos que parecen haber seleccionado en el macho un patrón de conducta sexual bastante promiscuo, tratando de copular con el mayor número de hembras posible y con la máxima frecuencia.

Cuando aplicamos esta teoría evolucionista específicamente a los seres

humanos, nos permite predecir algunas de las características de conducta sexual de nuestra especie, por ejemplo, las mujeres normalmente tratarán de retrasar la cópula intentando asegurarse, por un lado, la calidad genética de la pareja y por el otro, de que ésta esté dispuesta a comprometerse a una relación estable y a largo plazo, los hombres por el contrario, intentarán la gratificación sexual inmediata sin preocuparse por establecer ningún tipo de compromiso.

Repasando el registro transcultural que Beach y Ford (1976) presentan en su clásica monografía, podemos encontrar múltiples datos que avalarían las diferencias intersexos en la conducta sexual humana citadas con anterioridad y que están de acuerdo con la teoría evolutiva.

Este diferente rol desempeñado por ambos sexos en la reproducción en función de la capacidad reproductora, y en particular, el limitado potencial reproductor de las hembras puede también ayudarnos a interpretar el papel que en la elección de pareja juegan estos factores. Normalmente son las hembras de la gran mayoría de las especies las que eligen el macho con el que copular, lo hacen discriminando entre los que ocupan las primeras posiciones en la jerarquía de dominancia, donde unos pocos machos son los que inseminan a un gran número de hembras. Esto le asegura a la hembra la transmisión de los mejores genes y que lógicamente están a la base de las virtudes mostradas por los machos dominantes en la jerarquía, estas virtudes pueden ser fuerza, vitalidad, inteligencia, creatividad, baja frecuencia de algunos atributos (ventaja del macho raro) y por ejemplo, y según Hamilton (1990) la resistencia a la acción negativa de los parásitos entre otras. Así, aunque parezca que los machos compiten entre sí para conquistar a las hembras, lo que hacen es competir para situarse en los mejores lugares de la jerarquía, y así tener mejores posibilidades y mayor probabilidad de ser elegido para la cópula.

INTERPRETACIÓN EVOLUCIONISTA DE LAS VARIACIONES Y DESVIACIONES SEXUALES.

Parece ser que las diferencias encontradas en la conducta sexual entre hombres y mujeres, y que en el apartado anterior hemos analizado reparando en el grado de seguridad parental, en la proporción de inversión biológica que aporta cada miembro de la pareja, y en el potencial reproductor diferencial, también pueden ayudarnos a interpretar desde el punto de vista de la teoría de la evolución una gran variedad de conductas sexuales en humanos, tales como la homosexualidad, la paidofilia, el fetichismo, el

exhibicionismo, el bestialismo, el voyeurismo y cualquier otra de las llamadas desviaciones o variaciones sexuales. Centrándonos en la homosexualidad y utilizando esta variante sexual como ejemplo de las demás, dentro de la teoría de la evolución podría interpretarse esta conducta postulando que dado que los intereses de los varones y de las mujeres son intereses contrapuestos en el sentido expuesto en el apartado anterior, de la búsqueda por parte de los machos de las mayores relaciones sexuales posibles atendiendo a los aspectos más estéticos del objeto sexual, mientras que las mujeres necesitan unas relaciones más estables y encontrando mayor atractivo en los aspectos emocionales, las diferencias intersexuales quedarían en cierto sentido solventadas si los componentes de la pareja comparten intereses sexuales parecidos, así, los homosexuales masculinos se caracterizan por presentar una mayor promiscuidad que las mujeres homosexuales, manteniendo los primeros relaciones más inestables y variadas en número que las mujeres, cuyo patrón característico suele ser de relaciones estables y monogámicas. Vemos como los homosexuales, hombres y mujeres, siguen comportándose de acuerdo a las conductas sexuales que biológicamente les son propias. Al mismo tiempo, el origen de muchos casos de homosexualidad también es diferente para ambos sexos, para los varones parece que la falta de oportunidades de relación heterosexual durante la adolescencia puede estar influyendo en la desviación del deseo hacia el propio sexo, esto puede avalarlo el hecho de que gran parte de los homosexuales han carecido, previamente a la aparición de su homosexualidad de contactos heterosexuales, en las mujeres por el contrario la aparición de la "desviación" en la mayor parte de las ocasiones ha sido precedida de contactos heterosexuales, normalmente insatisfactorios, que han producido desencanto o incluso resentimiento respecto de los hombres y de las relaciones sexuales con ellos. Así, vemos como la homosexualidad masculina puede emerger de la falta de oportunidades de satisfacción del mayor y más impulsivo deseo sexual de los hombres, mientras que la femenina, de la frustración que supone el no poder satisfacer las necesidades emocionales y afectivas que la mujer demanda que concurren junto al sexo. No obstante, a esta interpretación evolucionista de la homosexualidad, Lucas Matheu (1990) postula que tanto la homosexualidad como la heterosexualidad pertenecen a diferentes grados de normalidad sexual, ya que desde el punto de vista biológico no puede señalarse ninguna conducta sexual como perfecta, debido a que el

proceso de sexuación es tan complejo, tan complicado y tan lábil (sexo cromosómico, gonadal, cerebral, somático, psicológico y social) que lo correcto sería contemplar la sexualidad como un continuo donde podrían situarse a lo largo del mismo a todos los individuos, estando ocupados sus extremos por lo masculino y lo femenino en toda su "pureza". De cualquier modo, una interpretación de la homosexualidad de tipo más biológico (L. Matheu, 1990) o en términos evolucionistas (Gallup, 1976), presenta indudables ventajas, citando como la más principal la unicidad de criterios que comporta, haciendo innecesarias las interpretaciones del fenómeno homosexual en términos de enfermedad o trastorno mental, como perversión, problema de identidad de género, de predisposición genética, de desequilibrio hormonal o de alteración cerebral. Al mismo tiempo que, como señala Gallup, en su obra ya citada, esta interpretación puede ayudar a reducir la probabilidad de aparición de la homosexualidad, si este fuera el propósito, incidiendo en la minimización de los conflictos que pueden encontrar los adolescentes al entablar sus primeras relaciones heterosexuales, facilitando el apropiado acceso a las mismas junto con una adecuada información o educación sexual profesionalizada, pluridisciplinar y avalada por los datos que puede aportar la investigación científica básica.

CONCLUSIÓN

Respecto al papel que puede jugar el placer en las relaciones sexuales, particularmente el orgasmo femenino, hemos de decir de acuerdo con Lucas Matheu (1990) efectivamente, esta adquisición es evolutivamente reciente y significa una liberación del dictado que para el sexo ha significado el sistema endocrino-hormonal. También estamos de acuerdo con Carrobles (1990) en que la tasa diferencial de reproducción en las distintas especies justifica la existencia de placer en las relaciones sexuales para las especies con menores tasas reproductivas, como por ejemplo la humana. Sin embargo, nos parece que, postular como lo hace Lucas Matheu (1990) que la posibilidad de establecer relaciones sexuales fuera de los períodos de celo es consecuencia del desarrollo del instinto de comunicación, puede ser un poco precipitado, ya que existen multitud de especies en las que su organización vital es exclusivamente social y por tanto dando gran relevancia al llamado instinto de comunicación, sin embargo sólo copulan las hembras en períodos de estro. Atendiendo al hecho de la total ocultación del momento de la ovulación en la hembra de la especie humana, nosotros pensamos que podría postularse una

hipótesis distinta a la presentada por Carrobles (1990): "el placer se hace necesario para mantener una alta frecuencia de apareamiento, como estrategia que aumente la probabilidad de fecundación, ya que no es evidente el momento de la ovulación", la hipótesis distinta que nosotros proponemos se podría apoyar en el discurso siguiente: evolutivamente es más antigua la aparición del orgasmo femenino en la mujer que la ocultación de los signos de ovulación, puesto que existen evidencias de la coexistencia de ambos fenómenos en algunos primates, como el *macaco rehsus* y el *macaco rabón* (Goldfost et al, 1980), además en los albores de nuestra historia, como consecuencia de la continua cerebralización y consiguiente aumento de la capacidad intelectual, conseguimos anticipar los resultados de nuestras propias acciones, establecer juicios de valor, y elegir entre modos alternativos de las propias respuestas (Ayala, F.J., 1980), lo que pudo llevar a la especie humana al intento de planificar sus nacimientos bajo la siguiente reflexión: *obtenemos placer cada vez que copulamos, pero si lo hacemos en el momento en que la mujer señala su ovulación queda fecundada, luego sólo copulamos en ese período si queremos descendencia*, de este modo podría interpretarse la ocultación de la evolución como una *estrategia de "defensa" de la especie*, ya que al desaparecer los signos del momento propicio de fecundación, la existencia de placer sexual mantendrá la frecuencia copulatoria suficiente para que no peligre la reproducción. La relación que se postula entre el placer sexual y la necesidad de sincronía entre ovulación y copulación nos parece justificada, puesto que es una manera lógica de aumentar la probabilidad de reproducción al mantener una alta frecuencia de relación sexual. Lo que parece no encajar con suavidad en la relación *placer-ocultación de los signos de ovulación* es el hallazgo de que algunas mujeres manifiestan mayor deseo sexual en las fechas perimenstruales, este hecho sólo podría entenderse desde el punto de vista de la evolución como un mecanismo por el que la especie trataría de controlar un crecimiento desmesurado de la tasa de reproducción humana, puesto que altas cifras de esta tasa podrían ser evolutivamente no rentables, entonces la ocultación de la ovulación tendería a entenderse en el mismo sentido, o sea, al no existir el conocimiento preciso del momento en que puede darse la fecundación (ovulación) y el deseo sexual de la mujer manifestarse más alto en el momento del ciclo sexual femenino menos fértil (menstruación), la relación sexual tendería en un porcentaje más o menos alto hacia la no fecundación y por tanto el placer sexual podría

ser interpretado como útil para otra función distinta y/o complementaria de la reproducción pero sin dejar de ser adaptativa a nivel de especie, como puede ser la interacción social y el apoyo afectivo-emocional, amén de controlar la superpoblación. Lo que sí creemos fuera de toda duda es el papel jugado por el placer sexual a la hora de influir en cambios de conducta, sobre todo en las llamadas posturas sexuales, ya que mediando el placer, la imaginación humana puede ser enormemente creativa al objeto de maximizarlo.

En relación a la conducta diferencial intersexos respecto de la reproducción, lo primero que se nos ocurre es la aceptación total del hecho diferencial, o sea tanto hembras como machos se sirven de distintas estrategias conductuales para alcanzar su objetivo vital: reproducirse. También estamos de acuerdo con los distintos autores citados en este trabajo, en la principal diferencia señalada entre varones y mujeres, los primeros se comportan sexualmente más impulsivos y dependientes del estímulo físico y, las segundas son partidarias de una sexualidad más exigente y selectiva dando un papel central a los aspectos afectivo-emocionales. Nos parece extraordinariamente clarificador para la explicación del rol sexual intersexos, las tres características aportadas por Gallup (1986) citadas en el texto de Carrobles (1990), o sea; el grado de seguridad parental, la inversión biológica y el potencial reproductor. Entre las diferentes estrategias que los machos llevan a cabo para ser elegidos por las hembras para reproducirse, nos ha llamado la atención la postulada por Hamilton (1990) respecto de las relaciones parasitismo-evolución, así como todo el resto del artículo de Rennie (1992), en el que presenta datos, controvertidos, pero muy interesantes sobre el papel jugado por la lucha parásito-hospedador en la evolución de las especies y la importancia de la reproducción sexual en este contexto (la recombinación genética permite a los hospedadores adaptarse más rápidamente a los cambios de los parásitos, así como recuperar genes recesivos que pueden necesitarse en un momento evolutivo dado como dominantes ante la aparición de propiedades pretéritas en algún parásito). Pensamos, al igual que gran parte de los autores citados, que es la hembra la que elige al macho con el que quiere reproducirse entre los más dominantes y que los machos, lo que hacen es competir para situarse en un lugar adecuado de la jerarquía y así asegurarse la elección, lo que ocurre es que, por lo menos en la especie humana son aparentemente las mujeres la que compiten entre ellas en mayor proporción que los varones,

sirviéndose de las modas, cosmética, figura corporal, etc., no obstante, esta paradoja podríamos interpretarla postulando que lo que en realidad hace la mujer con la cosmética es presentarse más atractiva para el varón como si tratase de recuperar los perdidos signos de ovulación.

El interpretar las variaciones sexuales desde el punto de vista de la evolución, es en nuestra opinión un acierto de gran trascendencia, puesto que permite enterrar, más hondo si cabe, el concepto peyorativo de *aberración* que tradicionalmente ha acompañado a variaciones y/o desviaciones sexuales. Así mismo; esta interpretación biológico-evolutiva permite contemplar el problema de las variaciones sexuales, si lo es tal, desde la óptica preventiva y/o terapéutica, lo que desde luego siempre nos parece una postura mucho más respetuosa y aceptable que la clásica de represión y marginación sexual.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, M.L. y LEMMON, W.B., *Organs in female primates*. American Journal of Primatology : 1:15-34; 1981.
- AYALA, E.J., *Origen y evolución del hombre*. Madrid: Alianza Editorial; 1990.
- BEACH, F.A. y FORD, C.S., *Conducta Sexual*. Barcelona: Fontanella (1951), 1978.
- CARROBLES, J.A.I., *Biología y psicofisiología de la conducta sexual*. Madrid: Fundación Universidad-Empresa; 1990.
- DARWIN, C.,: *The origin of species*, N.Y.: Modern Library, 1856.
- FISHER, S., *The female orgasm*. New York: Basic Books; 1973. (traducción española: Estudio sobre el orgasmo femenino. Barcelona: Grijalvo; 1878)
- GALLUP, E. G. (Jr.), *Unique features of human sexuality in the context of evolution*. En D. Bryrne y K. Kelly: *Alternative approaches to the study of sexualbehavior*. Londres: Lawrence Earlbaum Associates (LEA); 1986.
- GOLDFOOT, D. A., WESTERBORG, VAN LOON, H., GROENEVELD, W. Y SLOB, A.K., *Behavioral and physiological evidence of sexual climax in the female stermp-tailed macaque (macaca arctoides)*. Sciencie: 208: 1477-1478; 1980.
- HAMILTON, W.D., AXELROD, R. y REICO, T., *Sexual reproduction as an adaptation to resist parasites*. Proceeding of de National Academy of Sciences, vol. 87, págs. 3566-3573, 1990.
- HITE, S., *El informe Hite. Estudio de la sexualidad femenina*. Barcelona: Plaza y Janes (1975), 1977.
- LUCAS MATHEU, M. *Invitación a una sexología evolutiva*. Madrid: Incisex (Edición interna), 1990.
- MASTER, W.H. y JOHNSON, V.E., *Respuesta sexual humana*. Buenos Aires: Ed. Intermédica (1966), 1981.
- RENNIE, J. *Tendencias en parasitología: Vida compartida*. Madrid: Investigación y Ciencia, marzo, 1992.
- WILCOX, D. y HAGER, R., *Toward realistic expectation for organic responses in women*. Journal of Sex Research: 16, 162-179; 1980.